

2.—LLEVOR

orador acudía Sócrates en su recibimiento; excusado es decir que salía el *sabio de marras* ridiculizado y maltrecho de la afilada ironía socrática, cuya síntesis dice que la verdadera inteligencia se distingue por la sencillez y que del individuo que hace gala de sus méritos no se puede esperar una sana amistad.

La sencillez le valió al moralista pensador que no tuviera necesidad de valerse del halago ó la falsedad para satisfacer ambiciones que decía no sentir y que si sentía sabía fácilmente disimular.

Sócrates no fué uno de estos *sabios* á que hoy se da el significativo de la palabra.

Quizá no fuera sabio al uso actual, pero bueno es conocer que poseía un bagage de conocimientos en música, retórica, geometría, astronomía y escultura cuya profesión ejerció en su juventud. No sería difícil comprobar que no llegan á tanto los de la estupidez sonriente. No hay duda que Sócrates fué uno de esos sabios que se forman sin necesidad de maestro, teniendo como fuente de instrucción el gran libro de la vida real. Así es como puede concebirse el arsenal de conocimientos que se dotó y que nadie le podía quitar por estar compuesto de materiales que él sólo poseía. En esta situación es como tuvo que habérselas en Atenas con sofistas y profesores más sabios que él, pero ninguno tan modesto ni tan inteligente como él.

En filosofía no se le conoce maestro. Cuando Sócrates salió á la vida pública, reinaba en Atenas un escepticismo sin finalidad moral ni social. Predominaba el irracional concepto de que el bien y el mal es sólo causa de las preocupaciones de los hombres.

Sócrates cree en la necesidad moral de di-

chas abstracciones; abstracción porque no tiene una significación absoluta ni igual en todas partes, si bien P. Gener nos dice que Sócrates no halló un concepto exacto de lo bueno y lo justo, cuando dice que el bien y el mal, la verdad y la justicia no dependen de nuestro pensamiento, sino que se imponen á él.

Es innegable que hay una bondad, una justicia y una verdad absolutas, las que se concuerdan en nuestras condiciones materiales y que puede realizar el individuo sin necesidad de atenerse á las diferentes preocupaciones que albergan los hombres.

Las necesidades materiales son justas porque son necesarias bajo pena de trastornos orgánicos que pueden redundar en perjuicio de la salud y acarrear la muerte.

Sócrates no vió ó no quiso ver la parte justa y humana y la verdad que el materialismo determina y que la ciencia ha ya solucionado.

Aquí se nos manifiesta ya Sócrates como filósofo idealógico. Queda, pues, sentado el principio de la filosofía socrática, que viene desarrollándose en el sentido de que la única bondad, la única justicia, está en un Dios único, no estriba, según su parecer, en los diferentes dioses de la mitología, preconizados por los sofistas.

No cree como Aristóteles en que la bondad, y la única justicia está en el hombre; la verdad en este sentido es positiva, materialista, eterna.

Lo que nace de nuestras necesidades, es la fase que se llama placer, y esta es la verdadera moral por que el hombre más bueno, el más justo, es aquel que está satisfecho de la vida.

(Concluirá.)

J. VIDAL Y JUMBERT

Las dos culturas en España

Afirma M. Le Bon que cuanto más progresamos, ó mejor dicho, cuanto más civilizado es un pueblo más se nota el divorcio entre las dos culturas. Con el aumento de civilización

deben los intelectuales acumular mayor cantidad de conocimientos y los obreros aumentar su habilidad mecánica. Es decir, á medida que aumenta la civilización, los intelectuales, en